



## La vía mística no dual de José Díez Faixat

Comentarios a la obra de José Díez Faixat:  
«Siendo nada, soy todo» (Dilema, 2007) y  
«Entre la evolución y la eternidad» (Kairós, 1996)

**Silverio Sánchez Corredera**

José Díez Faixat: ***Siendo nada soy todo. Un enfoque no dualista sobre la identidad*** Dilema Editorial, Madrid, 2007. 255 páginas

José Díez Faixat: ***Entre la evolución y la eternidad. Una hipótesis sobre la pauta del devenir*** Editorial Kairós, Barcelona, 1996. 291 páginas

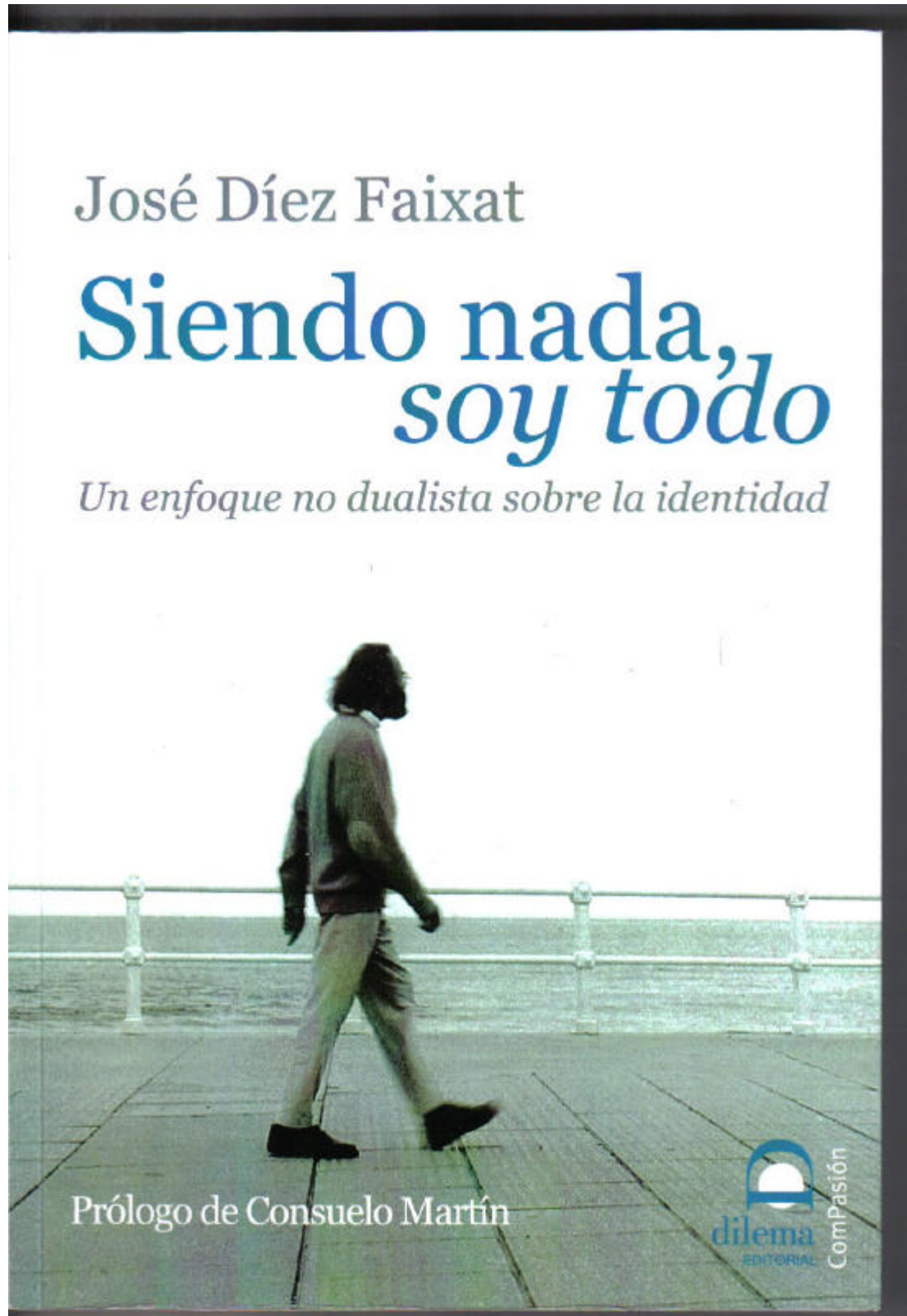
José Díez Faixat es un pensador asturiano, arquitecto que no profesa, dedicado a la vida mística, que se ha visto compelido, según propia confesión, a tratar de trasladar a argumentación racional las evidencias intuitivas y contemplativas a las que habría llegado (progresando desde la mística, que habría trascendido esta plana y dual racionalidad, desde la que comúnmente habla la filosofía. Siempre según la perspectiva de nuestro autor).

En este sentido presentamos una breve y concisa reflexión que sirva para enmarcar su propuesta y su pensamiento. Primero una presentación general (I). Después una reflexión más existencial, sobre la persona de carne y hueso (II). Y finalmente (III), la reproducción de una entrevista que ha tenido la deferencia de concedernos, con ocasión de la publicación de su segundo libro, recién publicado.

El materialismo desde el que yo me muevo está muy distante de esta perspectiva mística, pero cualquier pensamiento que se precie ha de tener la fuerza de conmensurarse con cualquier otra postura e indicar, de este modo, los puntos críticos y débiles de esos otros planteamientos que no se comparten. Aquí no hemos hecho más que apuntar algunas líneas de fricción, sin intentar entrar a fondo en una crítica, porque hemos querido fundamentalmente que sea el lugar para que José Díez Faixat pueda



exponer sus ideas. El lector atento podrá él, por su cuenta, extraer las conclusiones que más encajen con sus principios y planteamientos filosóficos, y ver, quizás, si están bien asentados.



**I****José Díez Faixat pretende elaborar una síntesis entre Occidente y Oriente**

La filosofía de occidente viene debatiéndose entre dos esquemas: la trascendencia y la inmanencia. La trascendencia de este mundo en otra realidad: Dios; y, sin irse tan lejos, la exclusiva afirmación de lo que hay: de la realidad inmanente sin supuestos metafísicos.

La mística ensaya una tercera vía. Los místicos occidentales (**Eckhart, Molinos...**) han indagado una modulación entre las dos posturas filosóficas básicas, pero para ser absorbidos a fin de cuentas por la línea de fuga de la trascendencia. Hemos de conceder que los místicos occidentales y los orientales tienen mucho en común, pero en el pensamiento oriental y, en concreto, en religiones como el **brahmanismo**, el **budismo** o el **taoísmo** se ha sido más sensible a una tendencia mística, que se ha resuelto en muchas ocasiones sin trascendencia personal, pero sin renunciar a algún tipo de «salvación» transpersonal, de fuerte carácter inmanente y panteísta: quedar salvado no en un Dios personal sino absorbido en el todo-divino.

En España, **José Díez Faixat** ha elaborado recientemente una síntesis entre occidente y oriente, tratando de fundir la ciencia occidental con la mística oriental. En su último libro, **«Siendo nada, soy todo»** (Dilema, 2007) nos desvela los pliegues holográficos del sentir místico, sin renunciar a algunos fundamentales principios de la ciencia: la matematización de lo real y la teoría evolutiva. En las primeras treinta y nueve páginas nos sintetiza su hipótesis de los ritmos del devenir y del ciclo «atemporal» cósmico, partiendo de lo que en otra obra anterior, **«Entre la evolución y la eternidad»** (Kairós, 1996) había estudiado de modo detallado y específico.

He de apuntar entre paréntesis, puesto que estoy jugando con la contraposición oriente/occidente, que toda ciencia, en cuanto tal, deja de ser occidental para pasar a ser civilizatoria, esto es, universal. Y que en cuanto la mística demuestre asentarse en



alguna estructura óptica más allá de la pura ficción psicológica, también pasará a ser universal: el tipo humano místico, dentro de sus variantes, demuestra ser muy similar, al margen del círculo cultural al que pertenezca. Incluso para un materialista pluralista, que se mueve en la inmanencia racionalista, la vía mística puede estar expresando una «verdadera realidad», aquélla que resulta de la conjunción de la búsqueda del equilibrio personal con lo que la realidad ambiente tiene de armónico con ese sujeto místico. Y como es verdad que hay procesos armónicos entre el sujeto y el resto envolvente, resulta ser un verdadero místico. Ahora bien, la severa reserva de quien no es místico (aunque valore a su modo esa vía de equilibrio interior) le viene de comprobar que también hay disarmonías, y que, entonces, hay que vivir al sol y a la sombra, en el amor y en la guerra. El místico elegirá el sol y el amor, y aun estos dos fundiéndolos en uno, siendo la sombra y la guerra fenómenos que pueden ser negados desde una «existencia depurada». Pero esta «pureza de vida» vuelve a hacerse inviable para el materialista porque la misma pluralidad de sujetos, la misma sociedad, es un principio irrefutable de disarmonía o, si se quiere, dialéctico, no enteramente armónico.

El problema que tiene planteado la vía mística, a mi modo de ver, es que cumpliendo bien con los tramos psicológicos y éticos ha de sentirse desbordada por los problemas de la sociología, de la moral y de la política. Pero, justamente, estas tesis que yo defiendo, son las que mi amigo Jose me ha tratado de rebatir en nuestros paseos por el muro gijonés (la amistad no tiene por qué depender siempre de la ideología).

Hace años leí con mucha aplicación «Entre la evolución y la eternidad», sin dejar de sentir una ambivalencia agridulce: aunque rechazaba la tesis metafísica global (puesto que se situaba en un «Todo» que yo no podía admitir sino como un pseudoconcepto: nadie sabe, según creo, lo que dice con esa palabra referida a «la totalidad de lo real»), no por ello dejaba de revisar aquella construcción de ideas que Jose arquitectónicamente trababa en su interior. El Universo vibra, según esa hipótesis, al compás de los mismos ritmos de la armonía musical (**Kepler** y los pitagóricos asentarían gustosos), según una cadencia matemática que venía a ser confirmada por los compases evolutivos de la paleontología, de la antropología, de la historia, de la embriología y de la psicología. Al margen de que pensara que aquello también tenía sus



falsaciones, no dejaba de reparar en el perfecto modelo matemático funcionando con precisión dentro de aquel esquema.

En el adiós de la conversación entre el materialista y el místico, Jose tenía que concluir: «Silverio no acaba de admitir que el Todo no se deduce pero que sí se ve, sí se vivencia». Y así ando, con ceguera mística. Desde la amistad, lo que sí me atrevo a defender es que José Díez Faixat ha recorrido hasta el final esa vía mística, dentro de una coherencia de vida personal, dedicada a la indagación interior del intra-universo o, si se prefiere, a aquello que constitutivamente nos hace ser uni-verso.

## II

### El alma corpórea del místico

Quien se lanza por la vía mística sabe muy bien que no puede prescindir del cuerpo. Lo anonada casi por momentos, pero ahí está impenitente siempre volviéndonos a su ser.

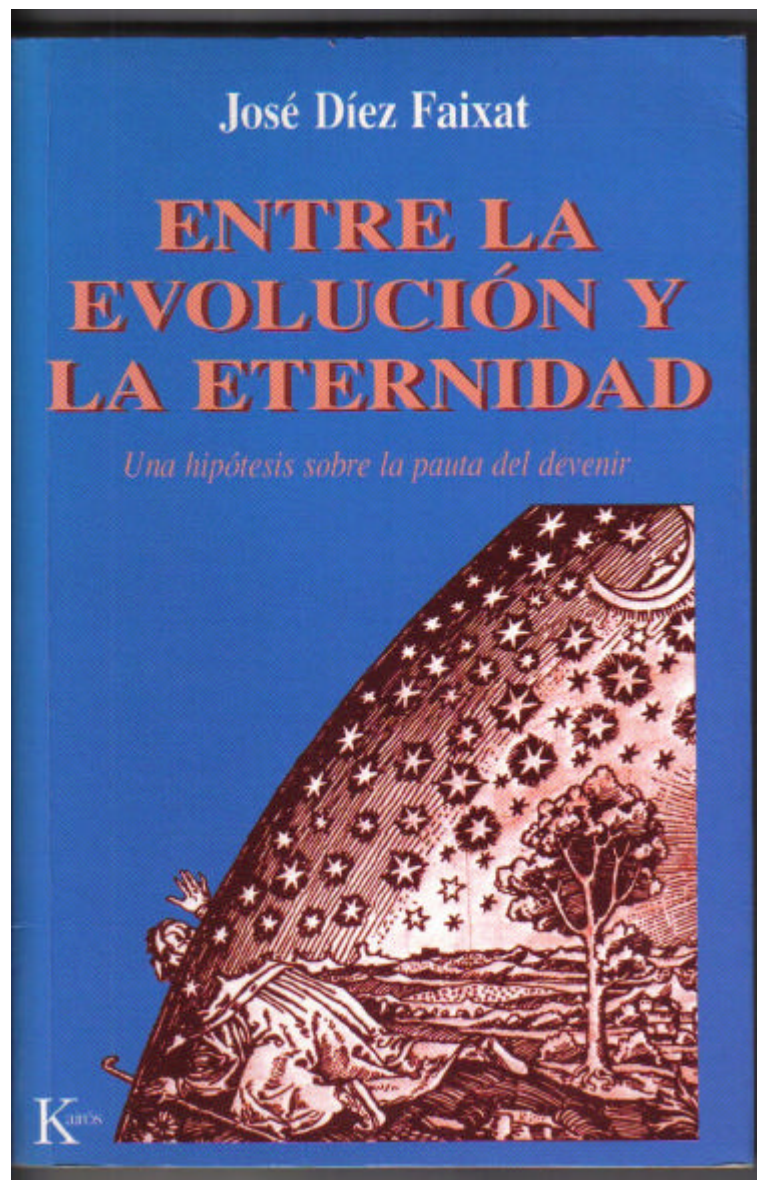
Mi amigo Jose madruga todos los días sin dejar sitio a la molicie, pero la meditación diaria no puede suplir la frugal comida, la búsqueda de la paz con todo y con todos no evita que haya a veces de irritarse contra las fuerzas caprichosas o destructivas o reactivas o violentas. El equilibrio de un cuerpo sano le lleva a los imperturbables paseos, al encuentro de las olas cantábricas, salpicados en verano del gentío foráneo. Su mente ha de modelarse, como las demás, con la lectura de los libros. Arquitecto, que no practica, no por ello se ha negado a intentar dar solidez a sus ideas.

No es tanto, entonces, la vida mística, un problema centrado en la descorporeización, sino en un modo distinto de entender las relaciones del cuerpo con el entorno.

Los hedonistas buscan sumar el máximo de placeres, el místico trata de trascenderlos en la búsqueda de un éxtasis superior, sin negar ningún chakra. Contra la disipación, el autocontrol. Contra el exceso, la medida. Contra el afán acumulativo, el



desapego de la riqueza. Contra el vértigo en la prisa, la tranquilidad de no estar perdiéndose nada. En lugar de las obsesiones neurotizantes, la cadencia regular de una vida apacible. En lugar del afán de recorrer el mundo, la tranquilidad de saber que este sitio es todos los sitios. En lugar de la multitud, la soledad. En lugar del ruido exterior, el remanso interior. En lugar de tanto discurso, más contemplación. En lugar de tanta sociedad, más yo-cósmico-comunitario. El «**carpe diem**» horaciano ha sido trascendido. Esta es la opción. Pero mejor lo ha contado él en sus libros. A mí me queda el problema de cómo discutir con un amigo que tiene un código semántico distinto al mío.





### III

**Entrevista a José Díez Faixat,**

**Hacia una tercera vía: la mística.**

**Se propone en su obra romper el pensamiento dual.**

*«Intento plantear una visión de la realidad  
que integre lo interior y lo exterior»*

*«El hecho es que junto a la sensación  
habitual que tenemos de ser entidades finitas y  
separadas, también existe la vivencia última de  
una diáfana lucidez más allá de cualquier forma»*

SSC- Jose, quienes te conocemos sabemos que las olas del mar se preguntan quién es ese paseante del muro de Gijón tan constante como ellas mismas. Quienes no te conocen pueden, no obstante, preguntarse por tus libros. En tu nuevo libro, «Siendo nada, soy todo», podemos ahora ver quién hay detrás de ese místico paseante. ¿Te distancias tanto de la exclusiva razón científica como de la mística fugitiva del mundo?

JDF— Sí. A lo largo de mi vida me he movido simultáneamente en ambos mundos, el científico, que trata de describir la realidad exclusivamente desde «fuera», como un puro objeto exterior, y el místico, que intenta comprender la realidad tan sólo desde «dentro», desde la pura subjetividad absoluta. Ambos lenguajes, tomados aisladamente, siempre me han parecido profundamente limitados y frustrantes, pues se cargan de entrada, de un plumazo, la mitad del mundo. Por eso, en este libro intento plantear una visión más comprensiva de la realidad, que integre de forma coherente lo interior y lo exterior, el sujeto y el objeto, la atemporalidad y el tiempo.



SSC - El misticismo no dual en el que estás, ¿qué tiene de religión y qué de filosofía?

JDF — **Si por religión entiendes las estructuras eclesiales, los ritos, los códigos y demás, la mística no dual trasciende bastante todo eso. Y si al hablar de filosofía te refieres tan sólo a un mero juego mental que trata de comprender la totalidad del espectro de la realidad desde lo meramente racional, la mística también va más allá de ese planteamiento. Lo no dual apunta básicamente a una pura vivencia (la autoevidencia siempre presente) en la que suceden todas las cosas. La religión, en teoría, camina hacia ella. La filosofía, puede intentar describirla. La mística, la vive directamente.**

SSC - «Siendo nada, soy todo» nace de tu anterior libro, «Entre la evolución y la eternidad», ¿qué es lo que los une?

JDF — **Ambos libros, como sus títulos indican, apuntan a esa visión integral de la realidad que abraza, simultáneamente, la vacuidad y las formas. En el primero se pone más énfasis en el aspecto temporal y científico. En el segundo, donde he intentado ser más legible y pedagógico, se insiste más en el aspecto atemporal y místico. Básicamente, los dos se mueven en la misma dirección.**

SSC - Tus tesis sintonizan con una línea de místicos modernos y con la psicología de la transpersonalidad. ¿Cuál es tu aportación?

JDF — **Tienes razón. Actualmente hay un movimiento emergente en el pensamiento occidental que se mueve en esta línea «integral». Yo, personalmente, me siento muy en sintonía, por ejemplo, con la obra de Ken Wilber. Mi aportación tendría sus raíces en la hipótesis sobre el ritmo de la evolución que desarrollé en el primer libro. Sobre aquella tesis que discurría a través de un modelo matemático, intento ahora profundizar más en sus consecuencias vitales y trascendentes.**





SSC - Tus ideas van desde el planteamiento de una ontología y cosmología, pasando por una explicación matemática del devenir (la matemática de la música), hasta una mística superadora de la dualidad sujeto-objeto... ¿qué dirías a un diagnóstico del sentido común general que señalara algunos engranajes e ideas como delirantes?

**JDF — La mente, por definición, se mueve en un lenguaje dual y, por eso, cualquier referencia a lo no dual a la mente le suena como un puro delirio. Pero lo no dual no es una mera idea, sino una vivencia irrefutable, la autoevidencia siempre presente, que es «previa» a cualquier separación mental de objetos y sujetos. En el libro invito a la gente a «darse cuenta», aquí y ahora, de esa autoevidencia, y apunto unas posibles pautas a seguir para llevar a cabo esa simple investigación.**

SSC - El ser humano queda máximamente negado (su existencia es aparente) y a la vez máximamente afirmado (su Sí mismo es toda la realidad eternamente). Pero realmente no hay ser humano. Cuando defines algo como el ser humano con términos opuestos ¿te contradices o no?

**JDF — El hecho es que junto a la sensación habitual que tenemos de ser entidades finitas y separadas, también existe la vivencia última de una diáfana lucidez más allá de cualquier forma. Es lo que los budistas llaman «nirvana», los hinduistas «nirvikalpa», los cristianos «divinidad»... Cualquier descripción integral de la realidad debe incluir forzosamente ambas vivencias. En el budismo tenemos «los tres cuerpos de Buda», en el hinduismo la «trimurti», y en el cristianismo la «trinidad»... Si nuestra lógica habitual no es capaz de integrar todos esos datos y experiencias, entonces no queda otro remedio que utilizar una lógica paradójica.**

SSC - He tenido la impresión, al leer tu libro, de que todo lo fenoménico, todo lo que evoluciona, todo lo que deviene pautadamente en la gradación que va de la materia-energía a la conciencia no es más que una pseudoexistencia, es decir, que es verdaderamente un simulacro de la realidad primigenia, como su sombra ¿es así?



**JDF — Más que «su sombra», yo diría «su automanifestación». Para que podamos percibir algo es necesario el contraste: sujeto/objeto, dentro/fuera, sonido/silencio, movimiento/quietud... El vacío no dual para contemplarse a sí mismo necesita desdoblarse en un juego aparente de opuestos. Así, el 0 puede manifestarse como +1 y -1, +2 y -2, etcétera, y de esta forma dar origen a este creativo despliegue universal que empezamos a vislumbrar.**

SSC - Me gustaría que explicaras a los lectores por qué, una vez que el devenir y la pluralidad de las cosas es comprendida fenoménicamente, planteas como su ser originario «el Todo» o «la Plenitud» o «el Vacío» (que son formas de «lo Uno» y del «Espíritu») en lugar de la materia (en sus diversos géneros) y su ser plural. ¿No sería todo más coherente?

**JDF — Como te he dicho, junto a la vivencia cotidiana del devenir y la pluralidad, existe también la vivencia universal de la quietud y la vacuidad, tal como la exponen todas las tradiciones que han buceado en el ámbito de la conciencia hasta su fondo. Por eso, igual que Galileo invitaba a los cardenales a mirar por el telescopio, yo invito a los «materialistas filosóficos», y a cualquiera, a mirar sin miedo en lo profundo de sí mismos... ¡ y a ver qué pasa!**

**Gijón, 23 de febrero de 2008<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> El presente artículo se ha elaborado sobre la base de otro anterior aparecido en la prensa española: La Nueva España, «Cultura», nº 794, jueves 21 de febrero de 2008.